

SESENTA Y CINCO RAZONES

-Ensayo aforístico-

Un dolor de cabeza sirve para que Piolín celebre el baile de estrellas que restalla sobre Silvestre tras cada uno de sus fracasos.

Sirve para posponer una cita indeseable.

Para coquetear con la noche en pleno día sin que la luz se ofenda.

Para intercambiar un analgésico por un té con el compañero de trabajo que nos gusta.

Para tomarnos las medidas de la testa a la manera jíbara.

Para tantear una canción desesperada entre sábanas insomnes.

Para rimar migraña con castaña.

Para cerrar los ojos y vernos así más claros.

Para desprendernos por un rato de esa extremidad inútil llamada móvil.

Para ponernos de mal humor con quien ya nos caía antipático.

Para opinar con conocimiento de causa sobre su cura más saludable.

Para aparcarnos en un garaje y arrancar luego más fuertes.

Para poner velas al santo patrono de la cefalea.

Para sabernos frágiles y triunfar sobre nuestras debilidades.

Para recordar los días en que no nos dolía nada y dejar caer una lágrima de nostalgia.

Para llorar cuando eres niño (porque no ha habido un solo día en que no nos haya dolido nada).

Para cantar *A mi burro* e ir traspasando ese dolor a la garganta y las orejas.

Para pintar *Los girasoles* y escribir *La metamorfosis*.

Para rogar silencio a nuestro alrededor y ganarnos el derecho de arrojar un cubo lleno de agua a los ruidosos (esas eximentes del Código Penal...).

Para disponer de otro argumento con el que persuadir al niño de que deje de botar la pelotita.

Para ensayar delante del espejo un mohín de disgusto y soñar con que ganamos un Goya.

Para que Rodin se retuerza de envidia en su tumba por no esculpirnos en una pose tan interesante como la de su pensador.

Para que el tiempo sea más largo y engañarnos con la ilusión de que vivimos más.

Para ahorrarnos el número del tragasables en el circo y experimentar esa zozobra en nuestro propio cuero cabelludo.

Para multiplicar las búsquedas en *Google* de “remedios caseros contra el dolor de cabeza” y enriquecer –o no– a los blogueros.

Para zamparnos un pastel con el pretexto de que nos falta azúcar y no sentirnos culpables.

Para repetir que necesitamos ya unas vacaciones y sacarnos el billete por motivos de salud.

Para pasar del *heavy metal* a la música clásica y reconocer que Beethoven no es ningún placebo.

Para decirle al general que no nos mande a la batalla porque nos molestan los cañones.

Para tumbarnos en el parque a reloj quitado.

Para formar parte de un club tan amplio, que no vacilará en admitirnos como miembros.

Para poner a prueba el apaño que hizo el persianista cada vez que tiramos de la cinta para quedarnos a oscuras.

Para pedirle a nuestro copiloto que se ponga al volante el resto del viaje.

Para no ver la tele hasta tan tarde y cambiar los videojuegos por un libro.

Para apagar primero el cigarrillo y deshacernos poco a poco del paquete.

Para revisarnos la vista y, ya que estamos, enterrar por fin nuestra montura dieciochesca.

Para temer a la resaca y beber con moderación... o no hacerlo.

Para cambiar las pilas al tensiómetro de vez en cuando.

Para regocijarse al paño bajo un grifo de agua fría tras tantos duelos (y quebrantos) contra el polvo de los muebles.

Para barajar sus causas en la precaria partida de la vida.

Para explorar las posibilidades del lenguaje y comparar a la chola con un bombo.

Para medir sus distintos grados y zanjar que no hay daño que no pueda pesarse en la balanza.

Para convencernos de que hasta los más puros y mejores han de enfrentarse a un enemigo.

Para yacer como una momia a la espera de ser rescatados por un arqueólogo a puñados de mimos.

Para vaciar el tiempo de trivialidades.

Para peinar canas sobre la tormenta.

Para huir de todo lo que lo produce, por ejemplo las finanzas.

Para tener claras nuestras prioridades cuando frotamos la lámpara de Aladino.

Para rastrear la etimología de *cefalea* y lucirnos con el griego.

Para empezar a respirar como nuestra madre y nuestro profesor de Pilates mandan.

Para que un cuervo se pose en nuestros ojos y nos coma el pelo.

Para que el sol asuma que no siempre Cenicienta salta cuando el cochero se convierte en calabaza.

Para que tus gafas se reúnan en el infierno con un ahogado que se ha puesto burbujas en los ojos.

Para que una serpiente en el podólogo entienda lo que le pasa en la piel.

Para asistir a una subasta de guillotinas.

Para soltar un columpio en el aire y descubrir que agacharse vale más que volar.

Para concluir un poema que se negaba a prescribir en el plazo impuesto por las musas.

Para mediar en la disputa entre un lagarto y tu suegra.

Para amedrentarse en las tinieblas con un violín desafinado.

Para podarse las uñas sin tijeras.

Para remedar a Pascal: “La razón tiene razones que el corazón no entiende”.

Para no forzar la máquina.

Para enfermar de repente de locura y sentirnos –también de repente– por fin cuerdos.

Para escribir un ensayo y optar a un premio.

Para sonreír aliviados cuando se nos pasa.